



LA SABIDURÍA DE DIOS INSPIRA FELICIDAD¹

LA SABIDURÍA SE RENUEVA

(Sir 44,1-10; 45,1-5; 48,1-11)

Premisa

Llegamos así a la última catequesis del Tiempo Pascual sobre el libro de Siracides.

Después de habernos guiado a la contemplación de la sabiduría en la obra del Creador y de habernos indicado muchos principios para guiarnos en la vida cotidiana, ahora el Siracides termina ofreciéndonos algunos ejemplos concretos de grandes hombres que fueron tales precisamente porque se dejaron guiar por la sabiduría en su camino de fe.

En particular veremos dos: Moisés y Elías, respectivamente símbolo de la Torah (=Enseñanza, Ley) y la Profecía.

I. ESCUCHAR LA PALABRA

Siracides 44,1-10

- ¹Voy a hacer el elogio de los hombres de bien,
de la serie de nuestros antepasados:
- ²gran gloria les repartió el Altísimo,
los engrandeció desde tiempos antiguos.
- ³Alabemos: a los soberanos, por su gobierno del país;
a los hombres famosos, por sus hazañas;
a los consejeros, por su prudencia;
a los videntes, por su don profético;
- ⁴a los príncipes de naciones, por su sagacidad;
a los jefes, por su inteligencia;
a los sabios pensadores, por sus escritos;
a los poetas, por sus vigilias.
- ⁵Compositores según el arte,
que pusieron por escrito sus canciones.
- ⁶Hombres ricos y poderosos,
que vivieron en paz en sus moradas.
- ⁷Recibieron honor durante su vida,
y fueron la gloria de su tiempo.
- ⁸Algunos dejaron su nombre
para ser respetados por sus herederos.
- ⁹Otros no dejaron recuerdo, y acabaron al acabar su vida:
fueron como si no hubieran sido, y lo mismo sus hijos tras ellos.
- ¹⁰No así los hombres de bien:
su esperanza no se acabó.

¹ Textos de referencia: Arcidiocesi di Milano, *La Sapienza di Dio ispira la felicità*, Ed. In dialogo 2020; Maria Carmela Palmisiano, *Siracide*, Ed. San Paolo 2016

45,1-5

¹Amado de Dios y de los hombres,
Moisés, ¡bendita su memoria!
²le dio gloria como de un dios,
lo hizo poderoso entre los grandes;
³a su palabra se precipitaban los signos,
lo mostró poderoso ante el rey,
le dio mandamientos para su pueblo y le mostró su gloria;
⁴por su fidelidad y humildad
lo escogió entre todos los hombres,
⁵le hizo escuchar su voz
y lo introdujo en la nube espesa;
puso en su mano los mandamientos,
ley de vida y de inteligencia,
para que enseñase los preceptos a Jacob,
sus leyes y decretos a Israel.

48,1-11

¹Entonces se alzó como fuego un profeta
cuyas palabras eran horno encendido:
²les quitó el sustento del pan,
con su celo los diezmó;
³por orden de Dios cerró el cielo
e hizo que cayeran tres rayos.
⁴¡Qué terrible eras, Elías!,
¿quién se te compara en gloria?
⁵Tú resucitaste un muerto,
sacándolo del Abismo por voluntad del Señor;
⁶hiciste bajar reyes a la tumba
y arrojaste de sus lechos a hombres ilustres;
⁸ungiste reyes vengadores
y nombraste un profeta como sucesor.
⁷Escuchaste en el Sinaí amenazas
y sentencias vengadoras en Horeb.
⁹Un torbellino te arrebató a la altura,
troleos de fuego hacia el cielo.
¹⁰Está escrito que te reservan para el momento
de aplacar la ira antes de que estalle,
para reconciliar a padres con hijos,
para restablecer las tribus de Israel.
¹¹Dichoso quien te vea antes de morir
y más dichoso tú que vives.

1. El contexto

A través del libro de Siracides, la sabiduría nos ha guiado en un largo camino: desde los orígenes del mundo - que Dios creó a través de ella - hasta la formación personal y colectiva, en los diversos aspectos de la vida: afectos, familia, hijos, comunicación, trabajo, economía, política.

Por el Siracides pues el hombre y la mujer que se dejan guiar por la Palabra de Dios se vuelven sabios y así pueden vivir plenamente su existencia.

Ahora, en la última parte del libro, Ben Sirah nos ofrece el ejemplo concreto de algunos testigos: son hombres que lo han cuestionado todo para seguir las promesas de Dios.

Como a ellos, también a nosotros la sabiduría nos enseña a vivir con fe, esperanza y caridad.

Por tanto, nos los indica como ejemplos, al tiempo que nos invita a ser testigos y ejemplos, a nuestra vez, para los demás. Justo lo que Ben Sirah se propuso hacer al escribir este libro.

2. El mensaje

¿Qué dice el autor? ¿Qué nos enseña? ¿Cómo lo enseñas?

A. Hombres ilustres, padres nuestros, hombres de fe (44,1-10)

Si antes la sabiduría había alabado a si misma, ahora alaba a los hombres que se han dejado instruir por ella.

Es el momento de la Memoria: fuente de toda sabiduría. De hecho, la sabiduría proviene de la interpretación de las experiencias vividas a la luz de la Palabra de Dios: si no se recuerda, no se hace nada.

Sin embargo, no se trata simplemente de recordar un conjunto de hechos, sino de tener la capacidad de reconocer la acción del Señor en ellos. La memoria se convierte así en un recuerdo de las grandes obras del Señor en nuestra vida, en la vida de su pueblo y de toda la humanidad.

Y como no se trata de pura filosofía, sino de una sabiduría concreta, esta nos plantea una pregunta también concreta: ¿a cuál de nuestros padres y madres queremos elegir como modelos?

¿Cuáles son las virtudes que marcaron la diferencia en ellos? Ben Sirah nos dice: fe y amor. Jesús además nos indica la esperanza, y lo hace con gran fuerza.

Por eso fueron personas tan especiales y aunque de alguno se perdió la memoria (en realidad, también de la mayoría de los santos hemos perdido la memoria! Tanto es así que la Iglesia ha considerado oportuno instituir la fiesta de Todos los Santos), esto no significa ciertamente que Dios no los ha valorado.

Al contrario, precisamente a través de ellos Dios ha realizado muchas obras, grandes o pequeñas, pero todas necesarias para el cumplimiento de su plan de amor. Y eso es lo que importa.

B. Moisés, santo en fidelidad y mansedumbre (37,1-15)

De Moisés, Ben Sirá dice lo más hermoso que se puede decir de una persona: que fue «amado de Dios y de los hombres».

A él Dios le dio tan poder hasta el punto de darle gloria como a un dios y hacerlo poderoso a los ojos de los grandes del mundo; la referencia obviamente es a los signos que realizó en Egipto: las diez plagas y la apertura del mar.

Pero, ¿por qué Dios eligió a Moisés? Según Ben Sirah porque era un hombre fiel y humilde.

Un buen ejemplo es el relato de su vocación en **Éxodo 3,7-14**

⁷El Señor le dijo a Moisés: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. ⁸Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. ⁹La queja de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. ¹⁰Y ahora, anda, que te envíe al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas».

¹¹Moisés replicó a Dios: «¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los israelitas de Egipto?»

¹²Respondió Dios: «Yo estoy contigo, y ésta es la señal de que yo te envío: que cuando saques al pueblo de Egipto, darán culto a Dios en esta montaña».

¹³Moisés replicó a Dios: «Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de sus padres me ha enviado a ustedes. Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo?»

¹⁴Dios dijo a Moisés: «Soy el que soy. Esto dirás a los israelitas: Yo soy me envía a ustedes».

Esto le permitió hacerse amigo de Dios y permitirse cierta confianza con Él, como ya lo había sido Abraham (Gn 18,20-32).

Escuchemos **Éxodo 32,7-14**

⁷El Señor dijo a Moisés: «Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. ⁸Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un novillo de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: Éste es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto».

⁹Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo testarudo. ¹⁰Por eso déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti sacaré un gran pueblo».

¹¹Entonces Moisés aplacó al Señor, su Dios, diciendo: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta? ¹²¿Tendrán que decir los egipcios: Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra? Desiste del incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. ¹³Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo, diciendo: Multiplicaré su descendencia como las estrellas del cielo, y les daré toda esta tierra de que he hablado, para que la posean siempre».

¹⁴Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Sin embargo, la memoria de Moisés permanece vinculada principalmente a la Alianza y a las Diez palabras (comúnmente llamadas «*los diez mandamientos*»).

Solo él escuchó su voz y entró en la nube, símbolo de la presencia de Dios en el Sinaí (Ex 24); solo él entraba en la la Tienda del encuentro donde Jahweh «*hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo*» (Ex 33,11),.

Dios le confió pues las diez palabras: no se trata de simples órdenes (mandamientos) sino de toda la Torah (enseñanza). Esta enseñanza es una sabiduría que da vida.

Por eso la imagen más utilizada para representar la sabiduría en el Antiguo Testamento fue la del pozo: algo que dando agua da vida. La misma simbología será utilizada por Juan en el famoso texto del encuentro de Jesús con la mujer samiratana (Jn 4,6).

C. Elías: el fuego de Dios (48,1-11)

Otra figura recordada y celebrada por Ben Sirah es la del profeta Elías (1Re 17-2Re 2).

Un hombre que es característicamente lo contrario de Moisés: fogoso e impetuoso, hasta el punto de ser violento (1Reyes 18), pero, también como él, profeta enviado por Dios en función de la Alianza.

De hecho, a lo largo de los años, el amor del pueblo por el Señor se iba enfriando (habían pasado unos 400 años desde la época de Moisés) y la idolatría crecía cada vez más.

Elías quería despertar la conciencia de su generación y llevar el corazón del pueblo de regreso solo a Jahweh, de quien era amigo como Moisés y cómo él le hablaba con confianza.

A su vez, como verdadero amigo, Dios no solamente hablaba con Elías, sino que lo reanimaba y también lo corrige.

En este sentido, es famoso el episodio de 1Reyes 19, llamado «la Teofanía de Horeb», después de la masacre de los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal.

Escuchamos 1Reyes 19,1-16

¹Ajab contó a Jezabel lo que había hecho Elías, cómo había pasado a cuchillo a los profetas.

²Entonces Jezabel mandó a Elías este recado: «Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no hago contigo lo mismo que has hecho tú con cualquiera de ellos».

³Elías temió y emprendió la marcha para salvar la vida. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado. ⁴Él continuó por el desierto una jornada de camino y al final se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: «¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!».

⁵Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó y le dijo: «¡Levántate, come!».

⁶Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. ⁷Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: «¡Levántate, come! Que el camino es superior a tus fuerzas».

⁸Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios. ⁹Allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y el Señor le dirigió la palabra: «¿Qué haces aquí, Elías?».

¹⁰Respondió: «Me consume el celo por el Señor, Dios Todopoderoso, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para matarme».

¹¹El Señor le dijo: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!».

Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y resquebrajaba las rocas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. ¹²Después del terremoto vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa tenue; ¹³al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

Entonces oyó una voz que le decía: «¿Qué haces aquí, Elías?».

¹⁴Respondió: «Me consume el celo por el Señor, Dios Todopoderoso, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para matarme».

¹⁵El Señor le dijo: «Vuelve por el mismo camino hacia el desierto de Damasco, y cuando llegues, unge rey de Siria a Jazael, ¹⁶rey de Israel, a Jehú, hijo de Nimsí, y a Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejolá, conságralo como profeta en lugar tuyo».

D. Jesús "dialogó" con Moisés y Elías

Hablar de Jesús, Moisés y Elías inmediatamente nos hace pensar en la Transfiguración de Jesús narrada en Mc 9,2-10, Mt 17,1-8 y Lc 9,28-36.

Lucas 9,28-36

²⁸Ocho días después de estos discursos, tomó a Pedro, Juan y Santiago y subió a una montaña a orar. ²⁹Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto y su ropa resplandecía de blancura. ³⁰De pronto dos hombres hablaban con él: eran Moisés y Elías, ³¹que aparecieron gloriosos y comentaban la partida de Jesús que se iba a consumir en Jerusalén. ³²Pedro y sus compañeros tenían mucho sueño.

Al despertar, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. ³³Cuando éstos se retiraron, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a armar tres chozas: una para ti, una para Moisés y una para Elías»; no sabía lo que decía.

³⁴Apenas lo dijo, vino una nube que les hizo sombra. Al entrar en la nube, se asustaron. ³⁵Y se escuchó una voz que decía desde la nube: «Éste es mi Hijo elegido. Escúchenlo».

³⁶Al escucharse la voz, se encontraba Jesús solo. Ellos guardaron silencio y por entonces no contaron a nadie lo que habían visto.

Así fue: Jesús entendió su misión al dialogar con Moisés y Elías; es decir: a la luz de la Torah y las profecías.

Eso porque Dios, a través de Moisés, había dado la Torah (enseñanza) y Elías (que vivió en el siglo IX a.C.) era considerado el padre y representante de todos los profetas.

Además, Jesús conocía perfectamente la Torah, de la cual quería volver a proponer el espíritu original y profundo; interpretándolo así de una manera que dejaba asombrada a la multitud porque *«les enseñaba con autoridad, no como sus letrados»* (Mt 7,28-29).

Igual que consideraba a Elías el gran preparador para el advenimiento del Mesías. Para ello, aprovechando la creencia popular de que Elías regresaría inmediatamente antes que viniera el Mesías, Jesús habló de Juan el Bautista como *«aquel Elías que había de venir»* (Mt 11,14). En consecuencia, dejando claro que Él (Jesús) es precisamente el Mesías

II. MEDITACIÓN

1. Dios

Ben Sirá nos insta a buscar a Dios no en filosofías abstractas, sino en la experiencia que hacen de Dios los hombres de fe, antiguos y contemporáneos.

Se trata, por tanto, del «Dios de la Torah» y del «Dios que habla por medio de los profetas»: un Dios vivo que enseña a su pueblo a vivir.

- ¿Está vivo mi Dios? ¿O es un conjunto de reglas y valores?
- ¿Tengo confianza en Dios, como Abraham y Moisés y me dejo corregir como Elías? Es decir, ¿confío en él?
- Una relación viva es dinámica y siempre hace crecer. ¿Qué he aprendido de nuevo acerca de Dios en los últimos años?

2. La vida mía y del mundo

Moisés no fue un ser divino, ni Elías un ángel. Fueron hombres que hicieron grandes cosas porque confiaron en Dios y se dejaron guiar por la fe. Dios elige a todos, no solamente a algunos: para cada uno tiene un proyecto en su plan de salvación.

- ¿Cuáles son las características fundamentales de la figura de un hombre o una mujer de fe?
- ¿Cuáles son los hombres y mujeres de fe que Dios ha puesto en mi vida?
- ¿Por qué características me gustaría que me recordaran en un futuro quienes me han conocido?

Conclusión

En estas seis catequesis del Tiempo pascual, el sabio Ben Sirah nos transmitió parte de su sabiduría, madurada a partir de su experiencia personal leída a la luz de la fe; y nos invitó a continuar en este ejercicio, para que la sabiduría crezca cada día.

La sugerencia que les dejo es leer (o releer) con calma, durante el verano, este libro y pedirle a Dios, siempre, el don de la sabiduría por cada uno de nosotros.